

## Don Sebastián, don Sebastián...

Lisboa es una fiesta. Lo es para mí desde el principio hasta el final de cada día, salvo una hora casi dolorosa, la del anochecer en Portugal. No se por qué, pero me oprime la deserción del sol y me parece oír un toque de arriar banderas y la minuciosa afinación de las guitarras para cuando sea noche cerrada. Conque en ese estado de ánimo deambulaba en el crepúsculo de un sábado por los alrededores del Rossio cuando me encontré con la salvación para mi soledad melancólica:

-¡Los poetas estáis en todas partes! -y era la voz sorprendida y personalísima de Amancio Prada.

-Bueno -le dije a mi paisano con el abrazo del encuentro-, tampoco los cantores os quedáis en casa. Y tu, además de en cuerpo mortal, andas en los carteles por las calles: En París estuve hace dos meses y lo mismo se te veía en los cafés literarios que pegado en las paredes de Montmartre...

Volvimos a abrazarnos, ahora con la complicidad de la vieja camaradería. Los dos estábamos en Lisboa libres y solteros, no diré si de derecho, pero sí de hecho... Planeamos la noche. Yo tenía dos pases de favor para el teatro donde ponían una obra sobre nuestra desdichada Inés de Castro y Amancio ensalzó mi propuesta, el tema era apasionante y se leían críticas entusiastas sobre la interpretación y una puesta en escena original. Pero se quedó pensando y me pidió que le dejase ver las invitaciones:

-¿Has visto? La fecha es abierta y valen lo mismo para mañana, sólo hay que confirmar en taquilla. Es que, verás, hoy es sábado y sólo los sábados tenemos la oportunidad de los fados en el Beco dos Frades. ¿A ti te interesan los fados? Estos que te digo, en el barrio de Alfama, son un grupo de aficionados, gente de distintas profesiones, y están muy unidos por el fado y la guitarra, y también por la nostalgia del imperio que fue Portugal.

-Jamás me habló nadie de esa historia -dije, sorprendido-. Ni un reportaje, nada en los anuncios de espectáculos. ¿Y crees que conseguiremos entradas?

-No conseguiremos entradas -Amancio me pareció misterioso-, no existen entradas, todo dependerá de que esta noche vaya a la tenida el abogado Oliveira y que no hayan cambiado la contraseña para que podamos pasar a su presencia. Tú déjate llevar y no preguntes, deja que yo maneje el asunto.

Estuvimos paseando por la Baixa, nos acercamos al Terreiro do Paço donde el agua quiere besarte los pies, entramos en librerías de librerías nada presurosos de echar el cierre, con sus mesas de novedades en que los libros de poesía derrotaban a las novelas y a los sesudos ensayos, y cansados y felices cenamos con la ayuda de un fresco *vinho verde*.

Mi felicidad era expectante. Quería saber, pero no quería estropearla con preguntas.

De una plaza céntrica salían los tranvías. Tomamos el 83 con la unción de quien entra en un recinto histórico, y el carruaje centenario y nosotros dos y pocos viajeros más emprendimos la marcha, que pronto fue por cuevas empinadas. Por los cristales de las ventanillas levemente empañados pasaban puertas y ventanas bajas, la hinchada numeración de las casas. Pasó un olor a sardinas asadas y era una familia de pescadores aviándose la cena en sus parrillas al aire libre. Amancio sabía la parada que nos convenía y avisó al conductor.

De todos modos, y cuando habíamos dejado el tranvía y marchábamos a pie, Amancio titubeaba ante un revoltijo de calles y callejas medievales. No se impacientaba. Amancio tiene en el carácter la misma condición sedante de su voz, y mientras indagábamos me regalaba por lo bajines: *ten un neno xeitosiño que de nome lle chaman Antoniño*, el sabe cuánto disfruto con sus canciones de pícaras molineras, *Antoniño, meu amor, estudea para crego, sera lo meu confesor*, pero no siguió. «¡Carallo! -se interrumpió-, ¡tres veces habíamos pasado sin ver la entrada!»

Lo peor, para mí, fue que no había salida. Eso me inquieta como el temor de caer en una trampa. A estos callejones los portugueses les llaman *becos*, había una placa borrosa que anunciaba *Beco dos Frades*. Pero ya estábamos en el zaguán de una vieja casa, iluminado por una bombilla escasa y frente a un portón que no delataba el menor signo de vida. Mi paisano parecía estar seguro del protocolo. Tiró de un cordel poco visible y adentro respondió un sonido de campana rota. Esperamos. No nos hablamos una palabra. Amancio cogió mi brazo y lo apretó en un gesto que en aquella penumbra me pareció de connivencia. Al fin acudió alguien y entreabrió la puerta. Ese alguien permaneció sin asomarse y a la espera. Entonces Amancio Prada, tan jovial en su costumbre, dijo una palabra, una sola, con una solemnidad que yo no le conocía:

-¡Bandarra!

Aquel mundo se nos abrió al santo y seña, eran pasillos de maderas quejumbrosas y luego un patio con enseres abandonados y luego una escalera que también crujía, lo que me hizo pensar que los fadistas nostálgicos se conchababan allí por cuatro escudos, o gratis por la generosidad de un mecenas que compartiera los mismos ideales. La sala principal, en cambio, era limpia y decorosa, casi solemne. Unas decenas de asistentes a la reunión estaban sentados en mesas largas y un lugar era el principal, estaba en el centro, y el asiento tenía un respaldo alto que lo realzaba. El sitial estaba libre, como a la espera. Y así seguiría toda la noche.

-Bien venido a esta casa de la esperanza -saludó a Amancio un señor de edad, que acudió a nuestro encuentro con un andar dificultoso- y bien venido usted, caballero -pero sin ofrecerme su mano-, que nos visita con un padrino de tanto mérito.

El abogado Oliveira mandó que se nos acomodara y se fue renqueando, pero erguido y con dignidad extrema, a ocupar su asiento, justo a la derecha del trono vacante.

Hablamos llegado en plena velada. Los fieles de aquella religión o secta, o lo que fuese, retomaron su culto con un turno de guitarradas. Pero lo grande vendría cuando los fados. Los cantores -mujeres no había- tenían mucha edad para lo frescas y tersas que eran sus voces. Era una exhibición impresionante, olvidé a Amancio, me encerré en mí mismo. El portugués tembloroso de los fados tiene una fonética cerrada, perdía palabras sueltas, y el deducirlas del contexto suponía una emoción añadida. El Rey era valiente y sus adalides tenían que protegerlo de tanta temeridad, el Rey cabalgaba deslumbrante como un sol brillando entre el acero, el Rey hacía temblar las murallas africanas hasta que una nube de arena lo envolvió y nunca más se supo, don Sebastián, don Sebastián. Yo no había vuelto a pensar en la extraña contraseña de la entrada. Bandarra. Bandarra... Ahora, de repente, recordé «las trovas de Bandarra», las había curioseado hace tiempo, y olvidado, aquellas atrevidas profecías de un zapatero remendón que anunciara el retorno, con fecha y todo, de un Mesías, un Encubierto que guiaría el definitivo Imperio de Portugal. Don Sebastián, don Sebastián...

-Me gusta la gente que tiene fe y espera -dijo Amancio Prada cuando salimos de la casa y amanecía.

El bardo famoso y yo nos llevamos como hermanos, pero no quise profundizar en sus creencias. Amancio anda mucho entre místicos y fabuladores, y en Ponferrada hay quien cree en la vuelta inminente de los templarios. A saber.